

El Evangelio según San Marcos presenta hoy a una gente que sufría, aparentemente desesperada por ayuda:

Toda la provincia de Judea y el pueblo de Jerusalén acudían a Juan [el Bautista]. . . . todo el pueblo se apiñó junto a la puerta [de la suegra de Simón, apelando a Jesús para aquellos que estaban enfermos]. . . .  
“Todos te andan buscando,” [Simón le dijo a Jesús].

El pueblo no acude a una persona como Juan o como Jesús a menos que vea a una persona que puede ofrecer esperanza.

¿Cuál era la situación? En primer lugar, ellos eran una gente conquistada bajo la dominación extranjera. La tierra de los aldeanos había sido confiscada para formar grandes fincas y los antiguos pequeños terratenientes tenían que trabajar en esas grandes fincas, trabajando la tierra que una vez había sido su propia, y los ricos se hacían más ricos y los pobres se hacían más pobres. Cualquier protesta o interrupción fue reprimida inmediatamente y agresivamente. Esperanza alternó con desesperanza mientras la gente buscaba a alguien que los liberara y les trajera justicia. Seguramente muchos de ellos podrían decir que Job en la primera lectura habló por ellos.

La vida del hombre en la tierra es vida de soldado  
y sus días como días de un jornalero.  
Como el esclavo suspira en vano por la sombra  
y el jornalero se queda aguardando su salario,  
así me han tocado en suerte meses de infortunio  
y se me han asignado noches de dolor.  
Al acostarme, pienso: «¿Cuándo será de día?»  
La noche se alarga y me canso de dar vueltas  
hasta que amanece.

Aunque nosotros no vivimos debajo de dominación extranjera, puede parecer como eso a veces. Ahora también, como entonces, los ricos se hacen más ricos y los pobres se hacen más pobres. Ahora también, esperanza puede alternar con desesperanza, y muchos, quizás todos nosotros, podemos decir que sabemos, o hemos sabido, preocupación y agitación y temor como Job. ¿Qué traerá mañana? ¿Qué tipo de futuro existe para mí, para mis hijos, mis nietos?

¿Qué quería la gente de la época de Jesús? Por supuesto, querían ser rescatados de la crueldad y la opresión. Como predicaba el profeta Jeremías, querían un rey que se portaría «como rey justo y prudente» para permanecer seguros en su país donde ellos podían encontrar «la paz y vivir tranquilos, sin que nadie los moleste» (Jeremías 23:5-6; 30:10).

Lo que la gente de la época de Jesús quería parece notablemente similar a lo que Job en su pasado distante quería y lo que queremos. La gente se apiñó alrededor de Jesús porque él curó a sus queridos y les dio esperanza. Él restauró al hombre con «el espíritu inmundo» en la lectura de la semana pasada, curado y completo. En la lectura de hoy restauró la salud de la suegra de Simón para que ella pudiera cuidar a sus huéspedes. Él enseñó a las multitudes, y

sanó a las personas. En las palabras del salmista, «él [perdonó] todas tus ofensas y te [curó] de todas tus dolencias. Él recata tu vida de [destrucción], te [coronó] de amor y de ternura» (Salmo 103:3-4). Lo que él hizo para ellos, él hará para nosotros. Por supuesto, queremos la sanación y esperanza ahora, o quizás debería decir, ayer. El profeta Habacuc expresa bien nuestro anhelo:

¿Hasta cuándo, Yavé, te pediré socorro  
sin que tú me hagas caso,  
y te recordaré la opresión  
sin que tú salves?  
¿Por qué me obligas a ver la injusticia?  
¿Acaso tus ojos soportan la opresión?  
Sólo observo robos y atropello  
y no hay más que querellas y altercados.  
Por eso, la Ley está sin fuerza  
y no se hace justicia.  
Como los malvados mandan a los buenos,  
no se ve más que derecho torcido (Habacuc 1:2-4).

Pero por medio del profeta Dios responde:

Miren a las naciones y observen,  
asómbrense y queden pasmados,  
porque en estos días realizaré una obra  
que si se la contaran, no la creerían (Habacuc 1:5).

Dios nunca nos abandonará y hasta en la noche más oscura y larga, Dios estará con nosotros y será nuestra fuerza. Sin nuestra fe, ¿cómo podemos sobrevivir? Con nuestra fe, nosotros no sólo sobreviviremos, sino también nosotros prevaleceremos. Que Dios fortalezca nuestra fe y nuestra esperanza.